

Pasando revista a las publicaciones de facebook, una me llamó la atención. Se trataba de un enlace a la página de David Nasio, en ella, se lee algo así como su árbol genealógico psicoanalítico.

Debajo de la publicación de la red social, algunos analistas dejaron sus comentarios.

A partir de ellos surge esta breve reflexión.

La palabra *cualunque* me brindó la ocasión de comprobar, una vez más, la vitalidad de la lengua y el anonimato de su construcción. Conjeturo que la introdujeron en nuestro modo de hablar cotidiano, los inmigrantes italianos, ya que en sus diccionarios, lo supieran o no, cuando llegaron a estas tierras, encontramos un término similar, casi idéntico en su grafía, su sonoridad y su sentido más habitual: *qualunque*. En tanto, no lo encontramos en el diccionario de la Real Academia Española, que nos ofrece, sí, el vocablo *cualquiera*.

Qualunque es también un término del que, en “La comunidad que viene” [1], se ocupó Giorgio Agamben. *Qualunque, qualsiasi, o cualsea* traduce el término latino *quolibet*.

Quolibet, adjetivo que podría traducirse como no importa cuál.

Sin embargo, advierte Agamben, el sentido en latín no es justamente ese, sino lo contrario : “el ser tal que, sea cual sea, importa”.

Cualsea, nos introduce en el problema de la singularidad, de la singularidad dirá Agamben citando a Gerson, que no es la universalidad ni el individuo comprendido en una serie, la singularidad *cualsea*.

Es decir, lo que está en juego, no es la pertenencia a un conjunto, a una clase, ni siquiera el ser tomado respecto de la ausencia genérica de toda pertenencia. Se trata del ser-tal respecto de la pertenencia misma. El ser-tal que se oculta en la condición de pertenencia, atributo que no deviene predicado.

Cualsea es la cosa con todas sus propiedades, no hay una que constituya su esencia.

Y en esa singularidad *cualsea*, Agamben, encuentra la condición de lo amable.

El amor se dirige a un ser tal cual es.

La condición del amor, la condición erótica permanece ininteligible, aunque no por eso carente de suposiciones.

Para los practicantes del psicoanálisis, no habría en esto estridentes novedades: el *cualquiera* (*quelconque*), habita los *Otros escritos*^[2] y, Alcibíades, ya nos advirtió que no ama al agalma por algo, lo quiere porque lo quiere...

Entonces, ¿hay analista que no devenga *cualsea*? El asunto es decidir qué acentuar, el devenir, el *ser* o el *cualsea*.

El ser es problemático para el psicoanálisis que pretende apartarse de toda ontología, el *cualsea*, será un valor transferido por otro.

Inscribirse en un linaje, suponer de un análisis con tal o cual la obtención de la pertenencia a una clase, probablemente sea un hecho social, y nada desdeñable, atendiendo a las leyes del mercado (a las que los analistas parecemos estar cada vez más atentos).

Sin embargo, “La política que supone toda provocación de un mercado solo puede ser falsificación: se la proveía entonces inocentemente, a falta del auxilio de las “ciencias humanas”. Así, no se sabía que el intentar volver tranquilizador lo *Umheimlich*, lo muy poco tranquilizador que es el inconsciente, por su naturaleza, era una de ellas.”[3]

Si bien no es reprochable aspirar a la circulación social, en la que los asuntos del linaje tienen peso, no es difícil advertir que lo que se pone en juego es algo del orden del reconocimiento.

Y entonces, quedará por discutir, si la demanda de reconocimiento formulada por los analistas en su periplo social, obstaculiza el pasaje por el *cualsea* de la transferencia. Si al abrigo de las distinciones filiatorias se diluirá la inquietud del deseo que promueve un análisis.

Claudia Bilotta

Julio 2013

[1] Agamben, Giorgio; “La comunidad que viene”, Pre-Textos, Valencia, 1996.

[2] Lacan, Jacques; “ Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela”, en “Otros escritos”, Paidós, Buenos Aires, 2012.

[3] Lacan, Jacques; “ La equivocación del sujeto supuesto saber” , en “Otros escritos”, Paidós, Buenos Aires, 2012

